SEXTO DIA.

EL HIJO PRODIGO.

## LA SAGRADA EUCARISTIA Y EL HIJO PRODIGO.

"Danos de ese pan." (1) Fué el grito de gozo que se escapó de los labios de los judíos que estaban en la Sinagoga de Cafarnaum cerca de Jesús, cuando este Divino Maestro les habló del "Pan de Dios; de aquel Pan que ha descendido del Cielo y que da la vida al mundo." (2)

"Muero de hambre." (3) Fué el grito de angustia que brotó de los labios del Pródigo, que yacía en la ciénega de unos animales inmundos, cerca de las raices de una encina, cuando su fatigada memoria le trajo el recuerdo de los mercenarios

En la Eucaristía están acumuladas todas las

grandezas de la Misericordia, pues constituye el

Banquete con que se celebra el perdón otorgado

á la Penitencia.

<sup>(4)</sup> S. Juan VI, 34.

<sup>(2)</sup> Ib. 33.

<sup>(3)</sup> S. Luc. XV, 17.

que en la casa de su Padre tenían pan en abundancia.

"Ven, mi Señor, mi Jesús." (1) Es el grito de deseo que sale del corazón del cristiano, que postrado al pie del altar, á la puerta del tabernáculo, está cerca de Jesucristo Sacramentado, ansiando recibirlo en su pecho.

Estos tres gritos equivalen á un solo grito, pues los tres son la expresión del mismo deseo, de la misma necesidad, del mismo sentimiento. La Eucaristía.

El deseo de la Eucaristía, la necesidad de la Eucaristía, el amor á la Eucaristía.

"Danos de ese pan." Esta es la expresión del naciente deseo que la promesa de un bien desconocido, pero revelado por una palabra que penetra, que persuade y que conmueve, despierta en el alma que vejeta por decirlo así, en el abandono de la indiferencia.

"Muero de hambre." Esta es la manifestación de la apremiante necesidad que domina á el alma que se halla lejos de Dios, y por lo mismo cerca del Demonio, á quien está sujeta por el pecado. "Ven, mi Señor, mi Jesús." Este es el desahogo del amor que se desborda del alma que está cerca de Dios, y que dirigiéndose al lugar que le está reservado en la Sagrada Mesa, se inunda en los fulgores de la gracia.

La indiferencia, el pecado, la gracia. He aquí tres etapas del camino que recorre ó por mejor decir, que suele recorrer el hombre en su azarosa peregrinación por el desierto de la vida, en el que muchos caen y sucumben antes de llegar á la última. He aquí tres estados del alma del cristiano, alumbrada por la luz de la Fe que se le infundió en el Bautismo, y que no ha podido extinguir el huracán de las pasiones. He aquí tres situaciones delicadas y dignas de la más seria atención, que se encuentran con toda exactitud delineadas en la tierna, sublime y encantadora Parábola del Hijo Pródigo. Tres situaciones que se pueden comprender con toda perfección, examinándolas en sus relaciones con la Eucaristía.

El hijo indolente, viviendo en el abandono á expensas de su diligente Padre, sin darse cuenta de las obligaciones que con él tenía ni del bienestar que merced

<sup>(1)</sup> Ap. XXII, 20.

á su solicitud disfrutaba: hé aquí la indiferencia.

El Hijo ingrato, revolcándose en el lodazal de sus pasiones, con las bestias de sus carnales apetitos que le hacían devorar las bellotas de sus vergonzosos placeres, bajo la tiránica presión de un amo cruel, insolente y déspota: hé aquí el pecado.

El Hijo arrepentido, colgado del cuello de su amoroso Padre, en la casa paterna, siendo el foco de todas las miradas, el objeto de todas las atenciones y el motivo de la general alegría: hé aquí la gracia.

El cristiano tibio, viviendo en la inobservancia, sostenido por la paternal solicitud de la Providencia divina, que ni siquiera agradece, y llamado por el generoso Padre de Familias á un espléndido festín, cuyas delicadas invitaciones ni siquiera escucha: hé aquí la indiferencia

El cristiano prevaricador, entregado á los negocios, á los placeres y á los honores, revolcándose en el más degradante sensualismo, apartado de la manera más completa, y mucho, de la Sagrada Eucaristía de la que se hálla muy distante, co-

miendo bellotas sepultadas en lodo y respirando emanaciones pestilentes y deletéreas: hé aquí el pecado.

El cristiano fervoroso, viviendo en la Ley Divina, retirado de los peligros del mundo, desprendido de las cadenas con que sujeta á sus esclavos el demonio y triunfante en las luchas con la carne; lleno de amor en la Sagrada Mesa, contando, por los latidos de su corazón, los instantes que lo separan de su Señor, de su Jesús, de su Dios, á quien va á recibir en la adorable Eucaristía: hé aquí la gracia.

Sin duda el Maestro Divino, al proponer esta expresiva, bella, misteriosa y significativa parábola á los Fariseos presuntuosos para confundirlos, y á los pecadores arrepentidos para alentarlos, tuvo á la vista la maravillosa Eucaristía, que fué el bello ideal de toda su vida, el testimonio vivo de su amor y el objeto especial del ardiente deseo que manifestó á sus discípulos, de comer con ellos esa Pascua antes de su Pasión. Porque en todos y en cada uno de los detalles de tan encantadora Parábola, se reflejan todas y cada una de las bellezas, de las armo-

nías, de las ternuras, de las enseñanzas, de las invitaciones de tan adorable Sacramento.

Nos será dado, aunque sea de lejos y superficialmente, descubrirlas para meditarlas?

Con el auxilio divino, y puestos en la presencia de Dios, vamos á intentarlo.

Dos son, en efecto, los hijos que tiene nuestro bondadoso Padre celestial, en el Padre de la Parábola, representado: el mayor que está en el grupo de los Bienaventurados, y los justos que no lo han ofendido mortalmente; y el menor, personificado en los pecadores.

Estos, no satisfechos, ó por expresarnos mejor, hastiados del bienestar que
disfrutaban en la casa paterna, bajo la
protección y la Providencia de su Padre
Dios, de cuya ley vivían olvidados, en la
más peligrosa indiferencia, echaron en
torno suyo una mirada de codicia; y sin
pasarla siquiera por los cuantiosos bienes
de gracia que allí estaban atesorados, la
fijaron, con todo el peso de su sensualismo y su avaricia en la salud, inteligencia,
honores, placeres, bienes de fortuna, posición y demás bienes de naturaleza de

que se quisieron apoderar, para disfrutarlos en una escala tan amplia como torpemente se las presentaba su calenturienta imaginación; y creyendo indebidamente, que tenían sobre ellos algún derecho, pidieron á su complaciente Padre la parte de dichos bienes que les correspondía como herencia, alejándose en seguida, hasta una región muy distante. A la región del pecado.

Ninguna otra podía estar más lejana de la casa en que está esa mesa espléndida, provista de pan en abundancia: porque aquella casa es la Iglesia; esa mesa es el altar y este pan es la Eucaristía.

Y cuál es la distancia que separa el pe-

cado de la Eucaristía?

"Padre Abraham— exclamó desde el abismo del pecado, el rico sepultado en el Infierno—compadécete de mí, y envíame á Lázaro, para que, mojando la extremidad de su dedo en agua, me refresque la lengua, pues me abraso en estas llamas... Entre nosotros y vosotros— respondió Abraham—está de por medio un abismo insondable; de suerte que los que de aquí quisieran pasar á vosotros, no podrían, ni tampoco de allí pasar acá." (1)

<sup>(1)</sup> S. Luc. XVI, 24 v 26.

Este abismo es el que separa el pecado de la Eucaristía: porque ni aquel puede acercarse á ésta, ni esta puede acercarse á aquel.

El pecador puede acercarse á la Eucaristía, pero el pecado no.

Puede acercarse con su dolor, con su penitencia, con su perdón, con sus propósitos pero no con su pecado, que detestó á los piés del Sacerdote; que borró con la sangre de Jesucristo; que hizo desaparecer con una sentencia absolutoria, y sobre el que ha recaído el más completo, el más absoluto, el más espléndido perdón.

Del mismo modo, y por una acción naturalmente recíproca, puede la Eucaristía acercarse al pecador previamente perdonado; pero nunca á un pecador empedernido.

Si el pecador, llevando consigo su pecado, se acercara á la Eucaristía, esta proximidad sería solo aparente; pues en realidad, la distancia quedaría aumentada por el más abominable sacrilegio: y haciendo que la Eucaristía se acercara á él, no haría otra cosa que "comer su propia condenación." (1) Este contacto entre la Eucaristía y el pecado, no puede existir: pues lejos de que aquel adorable Sacramento llevara á el alma la gracia, preservándola del pecado, reagravaría éste, haciéndolo casi imperdonable.

En esta región tan lejana donde el Pródigo fué á establecer su residencia, sobrevino la calamidad del hambre, cuyos estragos se hacían sensibles por la muerte.

Y cómo no, si la Eucaristía es el único alimento verdadero, que quien lo come no muere, porque es el Pan de vida! (1)

El Pródigo sin recursos, porque los había agotado; sin amigos, porque sus cómplices habían huido; sin vestidos, pues los ricos de la gracia, se los había manchado con los impuros vinos de la orgía, y hecho girones con los zarzales en que en su embriaguez se había precipitado; sin que nadie pudiera socorrerlo, pues todos los que en la región del pecado habitaban, estaban tan hambrientos, tan desnudos, tan pobres y tan necesitados como él; y des-

<sup>(1) 1</sup>ª Cor. XI, 29.

<sup>(1)</sup> S. Juan. VI, 48, 50 y 56.

pués de haberlo sacrificado todo, se vió en el duro, pero inevitable caso, de ponerse al servicio de un amo cruel, déspota, injusto y tirano, entregándosele de una manera incondicional.

Este amo, que en el caso del pecador, es el demonio, habitaba en una granja inmunda, pues su hacienda consistía en una piara de animales igualmente inmundos, que con toda propiedad representan los pecados.

Revolcándose en el fango del más impuro sensualismo; cubiertos con el lodo que al más insignificante de sus movimientos salpica; masticando las bellotas de sus asquerosas pasiones y respirando una atmósfera viciada, nauseabunda y corrompida, yacen hacinados en el fondo de los lodazales, los repugnantes cerdos, como están los pecados en la conciencia del pecador; como están los demonios y los condenados en el Infierno.

El hambriento Pródigo, espejo fiel que reproduce al hombre que ha tenido la desgracia de pasar de la indiferencia al pecado, sin repugnancia ni horror á aquel asqueroso foco de inmundicia, se lanza en él hundiendo los pies, empapándose el

vestido y salpicándose el rostro, para disputar á aquellos animales las bellotas y aliviar ligeramente su extrema necesidad.

Así el pecador, manchándose y envileciéndose en el crimen en cuyos antros se precipita, se hunde en el fango del juego; se salpica con el lodo de la embriaguez; se revuelca en el cieno de la prostitución; y en estos vicios, y en el hurto, y en el fraude, y en la posición, y en las riquezas, y en la intriga y ..... y casi en todos sus actos, están las bellotas con que pretende saciar el hambre que le devora.

Qué lejos está el Pródigo de la casa de su Padre: de aquella casa donde se sirve aquella mesa en la que todos los que se acercan tienen pan en abundancia!

Qué lejos está el pecador de la casa de Jesucristo: de aquella casa donde se sirve aquella mesa en la que el generoso Padre dice á todos á los que á ella se acercan: "Comed, amigos y bebed, comed hasta quedar satisfechos; bebed hasta quedar embriagados!"(1)

Y el Pródigo y el pecador, conmue-

<sup>(1)</sup> Cant. V, 1.

ven la atmósfera con las ondulantes vibraciones de un amargo suspiro, que saliendo del fondo del corazón angustiado, formula, condensando en ella toda su apremiante necesidad, esta dolorosísima queja: "Muero de hambre" (1)

Muero de hambre! grita el Pródigo, abrumado por una necesidad que está poniendo fin á su existencia.

Muero de hambre! ruge el pecador, oprimido por un peso que está haciéndo-lo oscilar junto al abismo de la desesperación.

Aquél infeliz, cegado por la necesidad, sin retraerse de la pestilente atmósfera con cuya fetidez estaba familiarizado, ni sentir repugnancia por aquella inmundicia de la que se hallaba cubierto, se precipita al lodazal en que los cerdos comían, y les arrebata las bellotas que "nadie le daba." (2)

Este miserable, obcecado por la pasión, sin detenerse ni horrorizarse ante el asqueroso espectáculo del vicio, del que ha hecho ya una costumbre, se arroja al abismo en que los pecados fermentan, y les arrebata esos deleites impuros que lo envenenan y lo matan.

No es posible pasar sin detenerse, aunque sea por brevísimos instantes, en el interesantísimo detalle que consigna el Evangelio, cuando dice que las bellotas que el hambriento pródigo comía, "nadie se las daba."

Esto, en la parte material, deja entender que él tenía que proporcionárselas; y para ésto necesitaba sumergirse en el lodo, mojarse la ropa, salpicarse el rostro y áun exponerse al daño que para defenderlas pudieran hacerle los cerdos á quienes iba á disputarlas.

En la parte espiritual, significa que nadie obliga al hombre al pecado: pues estando el acto de cometerlo representado por el de comer las bellotas, así como éstas nadie las daba al Pródigo, para aquél nadie forza al pecador.

Es verdad que éste tiene la tentación á un lado, como aquel tenía las bellotas á su vista; pero uno y otro necesitaban poner su contingente de voluntad, sin la que no les sería posible hacer nada.

El pecador ve las pasiones que ansía

<sup>(1)</sup> S. Luc. XV, 17.

<sup>(2)</sup> Ib. 11.